



Una vida entre hileras, bobinas y volantes

El 1889 fue un año difícil para María, una ahora ya anciana que solía trabajar en la fábrica textil de Barcelona. He aquí un pedazo de su historia, un fragmento de su vida entre hileras, bobinas y volantes.

Sábado por la mañana. La gelidez del clima no había cambiado lo más mínimo y, con el temporal reinando en la ciudad, las calles barcelonesas parecían haber sido víctima de la peor de las catástrofes. Tiendas con cartel rojo indicando su

estado de cerradas, viento arrancando la pintura seca de las paredes y una noticable ausencia del olor a café de las ocho. Nada más. Nadie había caminando. Nadie había en coche. Nadie, no, en ninguna parte. Y es que aquel era día no laborable y con unas nubes amenazadoras enladrillando el cielo, la población había preferido quedarse en casa, arropada por la calidez de las chimeneas cuyas llamas se reflejaban en los ojos de muchos.

Sin embargo, lo único que veía María aquel mismo sábado por la mañana eran las cuerdas de una hiladora mecánica esperando ser tejidas ante unas manos temblorosas. Estas últimas estaban ahora fuera de control, consecuencia de la testaruda brisa glacial que se empeñaba en colarse por las rendijas de los destartalados ventanales del lugar, hasta penetrar su delicada piel y producir el sacudimiento manual que le impedía hacer su tarea. María sentía esa clase de cansancio acumulado que se traduce en una descarada dejadez y la clase de frío que desemboca, cual río, en un mar de ardientes deseos por tener, también, una chimenea.

El nudo de su estómago aumentaba, así como lo hacía su ya digna de ser llamada *algidez* corporal y la misma inestabilidad de sus piernas, cuyos tendones, rígidos como bloques de hielo, parecían poder partirse en un mero descuido. Labios violeta nariz sonrosada, manos inconciliables, sudor deslizándose, y presión, mucha presión, cada vez más presión. Segundos después de la montaña rusa que eran sus sensaciones, una expresión del más profundo terror se dibujaba en el rostro de María. Aún debía confeccionar más de cincuenta telas y la media mañana se acercaba. El tic-tac del reloj en la pared superior resonaba. El tiempo corría, volaba y se le escapaba entre los dedos de las manos. 'No lo acabaré a tiempo' pensaba, y su pequeña y vil cabeza materializaba con paranoica antelación los problemas que aquello le traería. Así, mientras su campo visual se reducía, una ola de angustia llevó a la joven a un sentimiento de desfallecimiento tras haber bailado entre la consciencia y la inconsciencia. Se escuchó un desplome. María yació en el suelo.

Enseguida, el resto de trabajadoras abandonaron sus puestos alarmadas y corrieron hacia el cuerpo recién caído, tratando de disimular su también frenético carraspeo de dientes y endeble mirada enrojecida. Ahora la miraban. Era hora de empezar el juego. Ordenaron a Ana que fuera a por las telas de alta costura.

La vida era dura en la fábrica. Sobre todo, en invierno, cuando, con la llegada del año nuevo y la bajada de temperaturas, las telas eran aún más demandadas y el trabajo les llegaba a la garganta. María y sus compañeras a menudo se veían envueltas en la más asfixiante de las monotonías; pasando fibras sueltas entre aquellos tres pares de rodillos giratorios una vez detrás de otra, un mes detrás de otro, un año detrás de otro y una vida sin detrás porque solo había una y estaba entre hileras, bobinas y volantes. Por ello, los únicos momentos en los que las empleadas escapaban de su pesadilla era mediante su radiante imaginación, más bien propia de niñas pequeñas, que parecía siempre venir a enterrar sus peores momentos o a, por lo menos, hacerlos más llevaderos. Admirando los rollos de los tejidos más caros y sofisticados y

usando hasta sus sextos y séptimos sentidos para notar en profundidad cada género lujoso recorriendo su cuerpo, podían verse como las refinadas damas de la alta sociedad que tanto habían soñado ser. Inhalaban a través del tul semitransparente llenando sus pulmones con el aroma de las princesas orientales, tocaban la seda en un intento de impregnarse de su delicadez y poder de seducción, frotaban sus palmas de las manos con lana queriendo que fueran igual de suaves, escuchaban el movimiento de su uniforme convirtiéndose en un vestido de duquesa y, de pronto, sus problemas eran barridos bajo una alfombra de encaje de aguja para ser reemplazados por los dilemas de qué llevarían a aquel gran baile que se celebraba en sus cabezas cada fin de semana. Muchas, incluso, escuchaban la música de la orquesta, aunque no lo admitieran. Y es que aquel inocente juego se había ido repitiendo y ya transformado en toda una tradición. A veces las mentiras eran lo único a lo que podían recurrir y así lo hicieron. Barrieron y barrieron y reemplazaron y reemplazaron mientras María volvía en sí.

Ana correteó con los tejidos en ambas manos y los depositó en la mesa. Sus ojos ahora brillaban. 'Venga Doña María, levántese. Esta noche es el gran baile, debemos escogerle un atuendo apropiado'. María sonrió, sus ojos también brillaban ahora, siguiendo el ritmo de los destellos recién encendidos en el resto de pupilas presentes. Un desequilibrado balanceo entre la felicidad de la imaginación y el terrible golpe al caer al suelo tras un casi delirio de soñada grandeza y destino distinto. Así era la vida en la fábrica textil. Así era una vida entre hileras, bobinas y volantes.

Esta fue la vida de María, sobre la cual tan solo conserva un pequeño pañuelo de lana con el que se cubre los hombros. El frío sigue allí.

Lucía Araque Bourdet